

# Cómo iniciar con los niños preescolares el camino de la

M.<sup>a</sup> ANTONIA FERNÁNDEZ

“Hace veinte años, el gran problema que preocupaba a la juventud y a los adultos era el de la identidad...”

Hoy el problema central es el de la adhesión. ¿Existe alguna cosa en nuestra cultura de que merezca la pena salvarse, algo que merezca la pena que aceptemos?”

(Margaret Mead: *“El abismo entre generaciones”*, París, Ed. Denoel, 1971, pág. 20.)

Cuando los cristianos nos hacemos este último interrogante podemos contestar que "sí", que merece la pena que se salve la esperanza de nuestra fe.

Pero somos conscientes que aun dentro de la fe, también merece la pena que salvemos lo que le es peculiar como mensaje. También nosotros nos vemos en la necesidad de despojar la fe que vivimos, de lo accesorio, de aquello que la pátina de los tiempos ha acumulado, dejando en ocasiones poco nítido lo fundamental.

Y ésta es la reflexión que se impone realizar, siempre que nos ocupamos de iniciar a los niños pre-escolares en el camino de la fe. Luego vendrá una segunda consideración: ¿Cómo vamos a transmitir esto que nosotros consideramos fundamental? ¿Por dónde comenzaremos? ¿Qué haremos con los pequeños? ¿Qué medios usaremos para que les quede eso tan esencial y no lo confundan ni lo reciban mezclado con lo subjetivo, lo circunstancial, lo anodino? ¿Cómo haremos para que ellos lo reciban como testimonio, como algo que va en la entraña de la vida misma del cristiano?

He aquí nuestro problema. La fe es algo delicado y al mismo tiempo es un compromiso. Los cristianos no podemos olvidar ni el don ni el testimonio. Y si alguna etapa de la vida es importante, que no olvidemos alguna de las dos cosas, es en las etapas pre-escolares. La fe es también vida para quien la recibe. En los niños no existe ninguna dificultad para recibir la fe. Ellos lo reciben todo, con tal de que quien se lo da, se lo dé de determinada forma. Y esto implica conocer sus propios mecanismos. No podemos nunca comenzar un acto que el niño deba aceptar sin habernos planteado este primer interrogante: ¿Quién y cómo es el niño pre-escolar?

### *¿Quiénes y cómo son los niños pre-escolares?*

Uno de cada ocho habitantes de la superficie terrestre es un niño en edad pre-escolar. Es cierto que en muchos países apenas se dejan ver. Los medios de control de la natalidad han disminuido tanto su aparición que con razón se puede comentar que son países sin niños. Por el contrario, en otros aparecen tantos que con frecuencia superan al número de adultos.

Hasta hace escasas decenas de años la gran preocupación de los adultos eran los jóvenes y adolescentes. Hoy, cada día nos preocupa más el niño de los primeros años. A partir de Freud, los mayores nos vamos dando cuenta de que quizá su teoría de que el adulto se forma en los siete primeros años de vida sea cierta.

La etapa pre-escolar es cada vez más estudiada por psicólogos, cadores y médicos. Pero hay que confesar que la compresió estos niños no es fácil. Sus innumerables formas de conducta cen tan velozmente que quedan pocas cosas absolutas que nos dan servir de pauta permanente.

No obstante, esto estambién tiene sus ventajas, porque a part una falta de esquema rígido es más sencillo volverse a los concretos y centrarse en ellos, lo cual favorece enormemente acción individualizada y personalizada de toda acción educ En el niño pre-escolar los hábitos, la inteligencia, la capacidad cional, la misma evolución afectiva son cambiantes, no puede manera alguna, adaptarse a principios absolutos inflexibles.

El niño de estas edades, mucho más todavía que el adulto, constantemente perdiendo y modificando hábitos y conducta pensamiento y su acción son, con frecuencia, el dinámico pro de factores múltiples y cambiantes, y todas sus aptitudes pa que se encuentran y se conjunta en una sola cualidad fundam crecer.

El crecimiento es, pues, un elemento clave en el estudio ps gico y pedagógico del niño pre-escolar. No hay dos niños que can de la misma manera, por ello tampoco del crecimiento se de hacer una teoría rígida. Cada niño tiene su ritmo y su propio de crecer, así como cada niño tiene sus propias caractas individuales y sus propias facciones.

Con el fin de no alargar este preámbulo y porque muchos es de Psicología tratan suficientemente este tema desde muy dii tes ángulos, recojo aquella síntesis que desde mi opinión e completa para enfocar el tema que nos ocupa.

Cuando G. Allport estudia la estructura de la personalidad refiere someramente a esta etapa, viene a decirnos que qui rasgos más característicos y básicos de los primeros años son

1. El ser un período donde se forma la propia identidad pe con el descubrimiento del propio cuerpo y la distinción de mo frente al de los demás seres.

Este sentido de la identidad se va profundizando hacia l años cuando el niño comienza a reconocer sus propias pa y acciones.

2. El ser la época en que se establece la relación con el n haciéndolo extensivo del sí mismo por medio de un meca no bien comprendido por los adultos, al que llamamos centrismo”.

3. La aparición de los rasgos personales propios a partir del sentido de oposición y dialéctica con el entorno y con los adultos y que se manifiesta en fases de negativismo y afirmación consecutivas. Esto, junto a la valoración que los mayores, especialmente los padres, van dando a la conducta del niño, va realizando en él una imagen de su propia personalidad que asimilará paulatinamente y llegará a constituir el núcleo de fuerzas que le orienten en una u otra dirección.

Hay que subrayar que son muchas las influencias que contribuyen al desarrollo de estos rasgos: maduración anatómica y fisiológica, sensaciones corporales, percepciones, memoria, lenguaje, aprendizajes, frustraciones, exploraciones y manipulaciones, normas y reglas de conducta, juegos y juguetes, convivencia con otros niños y adultos, régimen de alimentación y sueño, etc. Pero podemos afirmar, no sin cierta fundamentación científica, que el principal estímulo de su propia maduración la halla el niño en las personas que le rodean y en el medio. El yo y el tú son para el niño pre-escolar una constante intercambiable y, por consiguiente, entre ellos existe constantemente una continua "conversión" que el niño asimila a través de dos conductas esenciales: la imitación y el simbolismo. Si observamos al niño pre-escolar desde esta perspectiva, podemos deducir con facilidad que una educación que se centrara en el mismo niño tendría que tener como grandes centros de interés: la educación del cuerpo con todo lo que esto supone en motricidad, expresión, relación, comunicación, etc.; la educación para la propia autonomía y libertad; la educación para la relación con el universo como extensión del mismo y la educación para el intercambio y diálogo con los demás.

### *Mayores y niños en un mundo cambiante*

Si el niño es dinámico, hay que reconocer que de unos años acá también el mundo lo es. Lo que llamamos "tradicional", casi se puede decir que es lo que ayer vivimos. Hoy no hay nada estable. Los educadores sabemos muy bien que los niños pre-escolares han comenzado su vida en un medio de "multimedia". Que si ayer aprendían únicamente a partir de lo que estaba escrito, hoy lo aprenden por múltiples medios, entre los que no hay que olvidar la televisión. Que a partir de estos medios el mundo le está más cercano, más apremiante, más estimulante... y, por consiguiente, sus reacciones no son las mismas que en otros tiempos.

La influencia del cambio en la vida es también influencia de cambio de valores...; es también manera de ver la realidad..., la rela-

ción, la propia conducta. Y en este sentido, se amplían los horizontes y pueden también empobrecerse. No esperemos a la adolescencia para educar algo permanente, porque es posible que al llegar esta edad esté ya todo jugado. Los psicólogos y educadores suelen decir con frecuencia que en realidad la adolescencia es una serie de recuperaciones de una infancia no cumplida, y quizá también razón.

De entre todas las notas posibles, negativas y positivas que pueden ofrecer este mundo dinámico en el que estamos todos situados, destacamos cuatro características que, por estar en íntima relación con lo que es fundamental a la transmisión de fe cristiana, no podemos pasar por alto. No se trata de valorar la sociedad o el mundo en el que estamos situados, sino de poner de relieve algunos hechos que pueden contradecir los valores que transmitamos.

Estas notas podemos resumirlas en:

- a) *El proceso de despersonalización* que introduce el cambio continuo y la masificación o extensión de productos, por un lado, y la desconfianza hacia los demás por temor a los peligros entraña la excesiva urbanización y aglomeración de gentes entre las que se hace imposible una relación cercana e íntima.
- b) *La novedad incesante*. Los medios de comunicación de masas ofrecen al niño una gran variedad de estímulos, siempre nuevos y atrayentes. Esto da a su mente una gran riqueza y flexibilidad, pero le dificulta, a su vez, la estabilidad que requiere una reflexión, un pensamiento más profundo, una relación lenta...
- c) *La agitación y la prisa*. El cambio, la novedad hace que adaptemos a un nuevo ritmo. Vivir de prisa llega a convertirse en vivir agitados. Con ello aprendemos el valor del tiempo de la acción eficaz y planificada, pero perdemos el gozo de la contemplación y de la paz.
- d) *La influencia del progreso material*. Niños y adultos consumimos hoy, a partir de los medios de masas, el constante progreso material. Esto nos hace vivir mejor, tener ambiciones de progreso antes desconocidas, pero se paga el tributo de que perdemos lo primario, la fuente natural de la alegría y del bienestar: el contacto con la naturaleza, la amistad, el trabajo esforzado, etc.

Todas estas breves consideraciones nos introducen de lleno en el problema de cómo y qué transmitir de la fe a los pequeños y por ello vamos a comenzar por precisar algunas cuestiones.

## *Iniciar es dar los primeros pasos*

Iniciar es comenzar. Y comenzar no es dar algo por sabido. Podríamos decir que iniciar a los niños pre-escolares en algo es comenzar por el principio.

¿Cuál—o qué—es el principio de la iniciación de la fe? Esta es la cuestión primera que tenemos que resolver. Muchos educadores están hoy angustiados por no saber qué hacer y por dónde comenzar respecto de la formación religiosa de los pequeños. Para solucionar esta angustia, algunos colegios han decidido, de acuerdo con los padres, que tampoco tienen demasiado claro este comienzo, que el colegio se declara “laico” o neutro respecto de lo religioso. Es una postura.

Otros, por el contrario, sin realizar tampoco ningún otro tipo de reflexión, siguen haciendo lo que hacían antes, menguando algo los contenidos y, por supuesto, suprimiendo las prácticas religiosas; todo lo cual envuelve una seria dificultad a la hora de llegar a una vivencia de lo que los niños aprenden.

¿Qué hacer? ¿Nos dedicamos casi exclusivamente a enseñarles a rezar con las oraciones que nosotros aprendimos y de las que muchas son un resumen del contenido de la fe? ¿Les damos definiciones tal como nos las dieron a nosotros a su edad? ¿Nos dedicamos a contarles “bonitas historias” de santos o del Evangelio pensando que de esta forma “algo les irá quedando”? O ¿les hacemos saber qué cosas están bien o mal y cuáles tienen como recompensa el cielo o como castigo el infierno? O ¿quizá es mejor ir adelantándoles los contenidos que tendrán que aprender más tarde? Este es el problema, ¿qué hacer y por dónde empezar?

Clarifiquemos nosotros algunas cuestiones de principio.

1. Los niños pre-escolares lo son para todo. Quiere esto decir que así como en educación no nos empeñamos en que aprendan a realizar las ecuaciones que el día de mañana tendrán que hacer, tampoco debemos empeñarnos en adelantar nada en el aspecto religioso ni en el terreno de los valores espirituales.  
Por consiguiente, las Catequesis es para estos niños Pre-catequesis, y esto tiene sus consecuencias.
2. Lo que con frecuencia se olvida en el terreno de la educación religiosa es que su fundamento viene dado por la religiosidad inherente a la persona y a la especie humana. Una fe que no tuviera su terreno preparado por la religiosidad, tendría muchos riesgos. La religiosidad es un valor humano; es también una capacidad natural.

La fe, en cambio, es un don de Dios, es un don divino, gratuito que la persona acepta o rechaza libremente. La fe es un paso adelante en la religiosidad; es darle sentido, clarificar la fe, tuición, perfeccionarla, completarla y llevarla a su más alto nivel.

Preparar y cimentar la religiosidad es, pues, preparar el camino de la fe.

3. El niño pre-escolar aprende por experiencias, sin palabras. Los hechos y las realidades le enseñan más que las lecciones materiales. Una enseñanza religiosa que se dedicará a transmitir verdades de la fe y estuviera vacía de realidades, de vivencias, enseñaría bien poco al niño pequeño.

Tampoco le daría motivos para imitar o simbolizar. Y a pesar de todo esto, su personalidad crecería sin ambiente religioso sin clima de fe...

¿Qué vamos a hacer pues? Tres cosas importantes:

- a) Despertar y ayudar a los niños a que cultiven sus capacidades religiosas naturales: admiración, alegría, bondad, amistad, generosidad, etc.
- b) Convertir en oración todo aquello que haya tenido significado para ellos, lo mismo lo alegre que lo triste; aquello que nos parece positivo, como aquello otro que no nos lo pareció tanto pero que el niño lo ha registrado.
- c) Dar importancia a su esfuerzo, a sus descubrimientos y ayudarle a que progrese en ellos, a que cada vez sea capaz de ir a mayor profundidad, de nuevos descubrimientos de cualidades, de valores.
- d) Ayudarle a definir lo que está bien y está mal aportándole un criterio del evangelio y no de nuestra subjetividad de adultos.

Esto es lo que vamos a hacer. Y lo vamos a hacer donde sea, que no nos es preciso un local determinado ni una persona concreta para realizar la tarea. Con frecuencia la misión recaerá en los padres, que son quienes están más cercanos al niño, pero también es misión de los demás adultos que rodean al niño o se ponen en contacto con él: hermanos, tíos, educadores o amigos de la familia.

¿Cómo hacerlo?

1. Es decir, ¿a partir de qué hacemos lo que acabamos de comentar? Tenemos dos caminos: uno informal y otro formal. El primero

corresponde más bien a situaciones no escolares. Se trata, en definitiva, de buscar la ocasión propicia o de aprovecharla.

De todas formas, como estas situaciones no formales suponen un adulto ocupado no sólo del niño, sino de otras muchas cosas, es mejor que se tenga previsto algún momento especial, a fin de que no se nos pase el día y también a fin de que el niño mantenga un ritmo de cosas importantes a no olvidar en su velada. Busquemos, pues, un momento para recordar, para charlar en paz con el niño, para reflexionar en voz alta aquello que pasó, recordar las palabras bonitas que nos lo hacen presente o aquellas otras no tan bonitas que nos lo refrescan..., convirtamos todo esto en oración, en silencio, en alabanza. Pongamos paz en el espíritu del niño cantando una sencilla canción o leyendo una narración del evangelio que venga bien al momento...

Hoy es domingo. Toda la familia hemos salido al campo a dar una vuelta. ¡Qué bien se lo ha pasado David! Ha corrido, ha saltado, se ha revolcado en la hierba con su hermano mayor, y a la tarde, después de comer, han ido a un arroyuelo y han cogido un renacuajo. Lo han traído y han estado pensando si llevarlo a casa o dejarlo de nuevo en la charca donde lo encontraron... Por fin, han decidido dejarlo. David decía:

—Estará triste si no está su mamá y su papá...

—Y ahora lo llevaremos, pero la reñirán por haberse ido lejos de casa...

Esta noche recordaremos este incidente y David me contará la historia que inventó con el renacuajo. Se la haré contar de nuevo y le daré la seguridad de haber hecho una cosa buena, luego diremos los dos:

*¡Mi corazón te canta, Señor!  
Haces salir el sol por las mañanas,  
Los hombres se ponen en movimiento,  
van y vienen,  
hacemos miles de cosas...  
Quiero darte las gracias, Señor,  
y decir lo bueno que eres...  
Hoy mi corazón te canta, Señor.*

Hay ocasiones no formales ni previstas que también es preciso saber aprovechar. Se trata de las preguntas que en un momento dado, y a veces sin venir a cuento, nos lanzan los niños. Estemos preparados, porque ellos no prevén que nosotros estamos poco dispues-

tos y las preguntas son con frecuencia demasiado importantes que les demos una evasiva o las dejemos para más tarde...

¿Qué es el cielo, mamá? ¿Dónde está Dios? ¿Por qué sé yo Dios es bueno? ¿Qué es morirse? ¿Qué es el infierno?..., etc.

Los niños pre-escolares son a veces preguntones constantes. no lo hacen por impertinencia, ni tampoco por molestar. Lo hacen como una fuerza de dinamismo y crecimiento que no pueden controlar. Y es importante dar la respuesta adecuada a sus preguntas. Las preguntas del niño tienen un matiz afectivo, no intelectual. Por consiguiente, intentemos responderle correctamente, pero a su nivel.

—¿Qué es el cielo, mamá? —le preguntaba un pequeño de cuatro años a su madre.

—A ti, ¿dónde te gusta estar más, hijo? —le decía su madre.

—En el parque..., contigo —decía el pequeño.

—Bueno —contestó su madre—, el cielo para ti es el parque conmigo, hijo.

Esta es una respuesta adecuada y correcta para el niño. Creo que nadie sería capaz de decir que no lleva en esencia todo lo que una definición teológica le dará en su día la fe.

Esto exige una fe vivida y una fe asimilada. Porque sólo quien ha asimilado su fe así puede responder de esta manera. Y para esto no es preciso tener unos conocimientos demasiado profundos y extensos.

2. Otra, es la situación formal, es decir, la situación continua y programada para una acción prolongada de formación o educación religiosa.

Pienso que en estas situaciones lo mejor es programar la acción en cuatro grandes núcleos:

- 1) Experiencias en torno al cuerpo.
- 2) Experiencias en torno a la naturaleza y a la realidad humana.
- 3) El descubrimiento de los valores espirituales de las personas.
- 4) Experiencias religiosas: fiestas, celebraciones, etc.

Voy a intentar desarrollar someramente algunos de estos núcleos ampliando y profundizando algunos aspectos con el fin de hacerlos más prácticos.

## 1. *Experiencias en torno al cuerpo*

Es de todos conocido que los niños de estas edades están viviendo una etapa de descubrimiento de su propio cuerpo. Al mismo tiempo, lo van dominando y controlando cada vez con mayor habilidad, pero todavía les queda camino por recorrer en este empeño.

El descubrimiento y dominio del propio cuerpo, el llegar a ser capaces de hacer de su cuerpo un medio de expresión y comunicación, no sólo les enriquecerá, sino que será a su vez fuente de despertar de todo el potencial espiritual que lleva consigo.

Por ello no podemos despreciar el gran centro de interés que es para el niño pre-escolar su propio cuerpo, su propio movimiento, su gesto, las sensaciones que a través de él experimenta, y lo que observa, escucha, siente, percibe, acepta o rechaza.

Son experiencias interesantes a realizar con los niños:

- Descubrir la alegría de lo que podemos hacer con el cuerpo, las piernas, las manos, los pies, los ojos, nuestros movimientos, nuestros gestos
- Aquello que somos capaces de escuchar, aunque el sonido nos llegue muy leve o muy fuerte; los sonidos que podemos distinguir, los que podemos imitar, los que podemos inventar, los que sabemos decir bien...
- Aquello que somos capaces de observar, de contemplar, de admirar, de llamar, de oler, de gustar...
- Aquello que hemos aprendido a hacer bonito, a transformar, a modificar por algo mejor: un gesto que se convierte en una caricia, la carrera alocada que se convierte en una marcha con ritmo..., etc.

Cuando el educador recoge alguno de estos gestos, de estos movimientos y en un momento dado, los hace consciente para el niño, deja que sea él mismo quien lo expresa, y lo convierte en oración, bien por el silencio, bien por recoger las palabras del niño y decir las pausadamente o con alegría, acompaña las palabras del niño de una música y un ritmo, está realizando la mejor clase de formación religiosa que se puede hacer con estos niños.

## 2. *Experiencias en torno a la naturaleza y a la realidad humana*

Se trata de las experiencias primarias. Aquellas que adquiere el niño en contacto con la naturaleza y con la realidad de la vida.

Requieren el que programemos situaciones de contacto, porque otra forma es difícil que el niño tenga las experiencias. Esto parece tan sencillo hay que repetirlo una y otra vez porque a través de catequesis se han convertido en conferencias y nos parece no existe una acción religiosa, ni una enseñanza real, si no encerrada en el estrecho marco de cuatro paredes.

Las experiencias primarias se adquieren en contacto con la realidad y es muy difícil hacer experimentar a un niño la belleza de una flor si no le llevamos a verla crecer en su medio.

Cuando contemplamos la naturaleza, no podemos por menos asombrarnos. El misterio de vida que se nos manifiesta se nos hace incomprendible y nos lleva a la contemplación de la belleza, y la armonía con que esta vida se nos aparece.

Un hombre que no se asombra, es alguien que no ha llegado a percibir lo admirable, lo extraordinario y, por consiguiente, sólo abarca un aspecto de la realidad y se le pasa por alto el aspecto más esencial de dicha realidad.

Al transmitir una correcta visión del mundo y de la realidad humana y despertar como consecuencia el sentimiento vital y correspondiente actitud ante la existencia, debemos advertir que la naturaleza tiene una doble dimensión. Por un lado el mundo visible se encuentra subordinado al hombre y la misión de Dios es llegar a dominarlo, y por otro, ese mismo mundo universal halla por encima del hombre, exigiendo de él una actitud de respeto y responsabilidad. Es frente a esta dimensión, frente a lo invisible que el hombre responde asombrándose. No se trata de iniciar a los niños a un asombro fruto de la falta de conocimiento de fenómenos naturales, sino de enseñarle a asombrarse ante esa realidad que puede ser conocida tanto como se pueda y a pesar de que todo mantiene nuestro ser en una tensión hacia aspectos invisibles.

“Quien inicia al asombro despierta al mismo tiempo la importante aptitud de saber trascender el aspecto visible del mundo. Y modela así una capacidad natural, la que el hombre necesita para la fe: la capacidad de no quedar prendido por apariencias y en los hechos externos ni en lo que es medible, utilizable o económicamente ventajoso, sino de captar en el visible su aspecto interior, su sentido profundo e íntimo.”

(K. Tillmann: “Asombro y experiencia caminando hacia Dios”. Ed. Morova, 1970, pág. 27.)

Pero hay que saber que no nos es posible inculcar o enseñar el asombro. Sólo podemos ayudar a que brote, a que despierte. Y esto sucede especialmente cuando presentamos la realidad ante los ojos del niño y le dejamos que se encuentre con esta realidad en su totalidad sensorial para saborearla lenta e íntimamente.

Pueden ser experiencias que lleven a despertar el asombro, las siguientes:

- El aire, la brisa, el viento.
- La puesta del sol; el amanecer.
- El vuelo de los pájaros; la marcha de los animales. La vida y la muerte.
- La lluvia, la nieve, la escarcha.
- El cielo azul; las nubes.
- El fuego; la tormenta.
- Las plantas, las flores, la hierba.
- La quietud, la paz, el sosiego.
- La lejanía difuminada; el paisaje.
- El agua, los ríos, el mar.
- La montaña, la llanura, el prado.
- Las plantaciones.
- La noche y el día; la luz y las tinieblas.
- La luna, el sol y las estrellas.
- El calor y el frío, etc.

Respecto de las realidades humanas no cabe duda que aquéllas que más impresionan e interesan al niño son las más cercanas a él:

- La casa, la comida, el sueño, el trabajo, el dinero, los vestidos, los juguetes, los juegos, los demás niños, las vacaciones, la calle, las tiendas, las personas...
- Entre estas realidades humanas el niño vive dando importancia especial a aquellas que le relacionan con los demás. De esta forma experiencias como: conocer a otros, saludarle, escuchar a alguien, llevar mensajes o noticias, colaborar, com-

partir las cosas, prestar pequeños servicios aprender a cosas bonitas a los demás, trabajar, etc., serán siempre experiencias bien recibidas por los niños.

### 3. *El descubrimiento de los valores espirituales de las personas*

Es algo que hay que hacer desde que comienza la vida. En general los niños observan más de lo que expresan. Posiblemente están esperando decir que una persona es buena, cariñosa, generosa encuentran clima y palabras para decirlo.

Es, por consiguiente, una de las grandes tareas que tiene el programa el educador: ayudar a los niños a descubrir las bellezas del corazón de los demás y ayudarles a imitar esos valores.

Pongo un ejemplo práctico que puede ser desarrollado con niños de tres y cuatro años.

“En su familia el niño se siente querido siempre porque los papás procuran a esta edad satisfacer al niño aun haga algo que no es de su agrado.

Si asiste a una guardería o a un parvulario, también allí sentirá la presencia afectuosa de su profesora.

Es en medio de esta afectividad en la que el niño tiene que aprender a hacerse atento a los demás como él siente la presencia de los demás sobre él.

En este sentido vamos a conducirlo a que:

- Juegue con otros niños: juegos de contacto, rondas, dados, puzzles compartidos, pinturas colectivas, etc.
- A que participe junto a otros niños en un mismo juego.
- A que comparta con otros niños una golosina.
- A que busque la manera de causar alegría a los otros niños.
- Vamos también a invitarle a que en su casa lleve el periódico a su papá.
- Haga un pequeño obsequio a la mamá.
- Deje sus cosas recogidas en el sitio que le indique la mamá o la educadora.
- Preste un pequeño servicio a un hermano..., etc.

El amor y cariño de los adultos que rodean al niño debe ser para él una expresión del amor que Dios le tiene.

Las actividades que permiten al pequeño a descubrir a los otros y actuar con ellos, constituyen una verdadera educación en la vida fraternal.

- Ahora voy a hacer posible un aprendizaje más correcto de la actitud de estar atentos a los demás.

Conduzco a los niños a:

- Que cuenten la historia de una niña que necesita de alguien.
- Que hagan los gestos correctos de una ayuda, de un regalo, de un servicio..., etc.
- Invito a los niños a que representen pequeñas virtudes de cooperación, generosidad, ayuda, orden, etc.
- Les invito a que pinten cómo llevar alegría a los demás, cómo consolarles cuando están tristes, cómo invitarles a compartir una golosina, cómo enseñarles algo que ellos no saben, etc.

Y ahora si es posible diálogo con los niños sobre lo que hemos hecho y representado a fin de hacerles conscientes las actitudes que ellos mismos han expresado por sus palabras, sus pinturas o su dramatización.

#### 4. *Experiencias religiosas cristianas*

Por último, cuando los pequeños están viviendo el ritmo de unos acontecimientos religiosos que provienen de una fe, es preciso dar relevancia a esos acontecimientos en lo que tienen de más significativo.

Será preciso hacerse eco de las fiestas especialmente a las que los niños son muy sensibles y de las celebraciones. Entre las fiestas tenemos los domingos, la Navidad y la Pascua de Resurrección. Y entre las celebraciones tenemos los santos y cumpleaños y los Sacramentos del Bautismo en los hermanitos pequeños y la Eucaristía en los que van siendo más mayores.

Será necesario reducir todo lo que respecto a las fiestas religiosas y celebraciones deseemos que vivan los niños a lo que les es fundamental. No se trata de adelantar contenidos, se trata de crear las disposiciones de apertura para que un día puedan ellos por sí mismos acceder a la fe en la profundidad de lo que ésta implica.